

varias veces con Su Majestad, nos acompañó cuando volvíamos á México, y á la hora menos pensada desapareció. Uno ó dos días antes de su partida me pescó á solas en la *serre* de Chapultepec. La hora, que era la de la siesta; el discreto silencio que reinaba; la *store* baja y que contribuía á tamizar la luz chillona que se colaba por los vidrios; los asientitos colocados frente á frente, todo disponía á las confidencias. Pepe portaba un levitón claro, un altísimo sombrero, unos guantes color rojo, un bastón gordo y extravagante y unos estrepitosísimos pantalones á rayas, que según me explicó, eran *le dernier cri de la mode...*

— Ese París, comenzó Pepe, ese encantador París de mis pecados... A él me vuelvo aunque tuviera que fugarme... ¿Que si no acepto el cargo de Consejero de Estado? ¡Qué voy á aceptar!... Su Majestad... ¡Pobre!... le engañan... Y cuando viene un hombre decidido á referir la verdad me le tratan como traidor, como espía, como vendido á Napoleón... Pero yo se lo he dicho á S. M.: «Sire, ya lo sabe Vuestra Majestad, soy de la casa, soy íntimo de las Tullerías, nadie puede jactarse de tener más metimiento que yo en el palacio, y por eso le digo á V. M. que la retirada de los franceses no tiene remedio, que está resuelto el abandono de esta empresa, que si V. M. no cuenta con el apoyo del ejército mexicano que haya criado, es punto menos que imposible que pueda continuar... Hoy, hoy

hace cabalmente dos meses que estuve en Fontainebleau con Sus Majestades, y mientras Paulina (así llamamos en la intimidad á la de Metternich) cantaba divinamente aquello de «*Ah! ah! c'est moi, me voilà... pauvre delaissée...*» el grande hombre me decía que no tiene apelación su propósito... ¡Oh, si viera usted, señora, á la admirable Paulina cantando esas deliciosísimas coplas picarescas que ha inventado el genio de Offenbach! No hay como ella para darle intención al famoso *hem, hem...* ¡Tiene mucho chiste!... Días antes de la muerte del pobre duque... ¿Que cuál duque? El único, el auténtico, el verdadero duque de Morny... ¡Jesús, qué mal gusto de alfombra! ¿Quién le vendería esta fealdad á Kuhahewich?... Pues sí, se nos murió, se nos quedó en la mano, como quien dice... ¡Pobrecillo!... ¿Cómo no había de tener, cómo no había de pulsar Jecker grandísimas dificultades para hacerse con sus dineros? Ya verá usted... Parece que había un principio de tisis pulmonar, una lesión cardíaca, el hígado, los riñones... la muerte, en fin... ¡Pobre duque!... Aguarde usted, aguarde usted... ¿Dónde vi á Juan Bautista? ¡Ah, ya caigo! boulevard Saint Michel, en casa de Fould; iba yo á dar cuenta de las picardías de esos agentes de policía malditos de cocer que se comieron el mandado... ¿Y sabe usted quién me dió saludos para usted? Lapierre, el gran Lapierre... Se llevó de aquí una payita; pero mire usted que ya la ha adiestrado al trato de la capital, y como es guapa y le ha

comprado unas *toilettes* que ya... Pero, ¿en qué íbamos? ¡Ah, sí, en los *couplets* de la princesa!... No, era en lo de las tropas francesas... Pues, amiga, ni duda cabe; en la casa no se habla de nada más; y luego, con esto de la guerra entre Austria y Prusia... En fin, son cosas, cosas de diplomacia que usted no sabe ni puede saber...

Se puso en pie y con las manos en las sisas del chaleco, empezó á cantar:

Quand Jupiter régnait aux cieux...

Luego se sentó de golpe en el sillón, se alzó los pantalones para evitar que se le formasen rodilleras, y me dijo distraídamente:

— ¡Pobre Emperador! ¡Me causa lástima, me causa tristeza!... Y no tiene razón contra el Mariscal; el Mariscal demasiado hace para ocultar ciertas cosas... En fin, ya usted lo sabe, yo soy francés, francés hasta la médula... La otra noche en casa de la de Pourtalis... verá usted... alguien habló mal de Bazaine: que si roba, que si explota al soldado, que si gasta dinerales, que si tiene agentes secretos... en fin, horrores... ¿Y sabe usted quién se levantó á defenderle? La Emperatriz. Está en una gran privanza el buen Mariscal... Yo, ya lo sabrá usted, me cerré á la banda: nada de quedarme en México, nada de aceptar carguitos que me comprometerían... Me vuelvo á mi amado París, á mi simpático París, á mi París de siempre...

Dió una vuelta por el saloncito, meneó la pesada caña de Indias, me hizo una reverencia y con el sombrero calado con cierta *crânerie* salió cantando:

C'est moi, Paris, ce Paris que l'on rêve...



Días después me encontré al currutaco en casa de la mariscala: fué de parte de la Emperatriz á felicitarla por el nacimiento de su segundo hijo, y al través de la nube de crespones, sedas, encajes y holandas, vi á Pepillo á gatas sobre un bulto amoratado, informe, que chillaba como un becerro y se acercaba á la carilla, roja y congestionada, los puños contraídos.

— ¡Está primoroso! exclamó el cortesano; se parece al Mariscal; pero también tiene, tiene muchísimo de usted: esa nariz es la del señor don Matías, el padre de usted;

los ojos son los de Julianita; la voz es la de don Manuel Gómez Pedraza... Oiga usted qué pulmones: se luce el caballero; orador ó general, eso será... No se rían ustedes: tiene ó que arengar á las turbas alborotadas ó que mandar batallones y escuadrones... Va á heredar la voz de su padre: le oí hace años en Chalons ordenar las evoluciones de un cuerpo entero de ejército, y me encantó... ¡Qué marcialidad, qué gravedad, qué seriedad! ¡es el hombre del porvenir!

Pasados unos cuantos minutos me despedí, y Pepe, haciendo á un lado al coronel que me ofrecía el brazo, se apresuró á acompañarme.

— Pero está Pepita, cómo se ha afinado ¿verdad? Es una parisiense, es una mariscalda de Francia, es una gran dama... ¡Preciosa, preciosísima!...

Abrió la portezuela del carruaje y me dijo zalamero:

— A los pies de usted, Josefina.

Y el coche partió al trote de sus cuatro caballos enjaezados á la Grand Daumont.

Imposible recordar todo lo que vino después: volvimos á México, volvimos nuevamente á Cuernavaca, anduvimos muchos días por la tierra caliente; pero la Emperatriz no podía recobrase. Aquellos sus hábitos de trabajo, aquel vivir metódico y ordenado, aquel interesarse por la suerte del imperio habían desaparecido del todo ó esta-

ban tan amenguados que apenas daban señales de vida.

Una mañana apareció muerto en su despacho el enviado por Napoleón para arreglar la inextricable hacienda mexicana.

— ¡Pobre Mr. Langlais! exclamó la triste; ¡pobre monsieur Langlais! Morirse cuando ya empezaba á enterarse lo que guarda este horrible caos de la hacienda mexicana... Era hombre superior, superior sin duda alguna, y mucho habría hecho... Mas ¿qué importa? Lo que no hizo un hombre, lo puede hacer una mujer... ¡Pobre Langlais! Yo veré de arreglarlo todo; yo veré cómo se compone la situación de forma que no sufra nada el imperio con la muerte de este genio... Yo arbitraré recursos, yo haré la hacienda de México, yo lograré que todo crezca y prospere, yo...

Y como estaba segura de que la Emperatriz era capaz de hacerlo como lo decía, no me extrañó que diera una muestra de confianza en sus aptitudes, que tan de acuerdo estaba con ellas.

Pero lo que sí le produjo mucho daño fué un suceso con que no podía haberse contado jamás: el nuevo rey Leopoldo de Bélgica había enviado á México una brillante misión especial encargada de dar cuenta de su exaltación al trono á sus hermanos los Emperadores. Componían la embajada seis belgas distinguidos, que permanecieron en México obra de un mes; se partieron al fin con todas las

ceremonias del caso, y á poco ya se sabía que habían sido asaltados en el camino de Río Frío y que habían caído gravemente heridos cuatro de los que formaban la misión, quedando muerto el barón d'Huart. El Emperador montó á caballo para perseguir á los bandidos y amortajar el cuerpo del difunto, al que hizo grandes y costosos funerales, pero nada de eso calmó la pena de la Emperatriz.

— ¡Dios mío! exclamaba, ¿qué van á decir de nosotros en Europa, qué va á decir mi hermano?...

Y aquella horrible pena vino á reavivarle la que había sufrido por la muerte de su padre y á producirle una especie de atonía que nos daba mucho cuidado. Permanecía en Chapultepec horas enteras sentada al lado del ventanón que da al campo, con un periódico entre las manos, fija la vista en el lomerío distante, en la ciudad que elevaba su coro de gritos, de cantos, de silbos, de rumores mil, distintos á veces, á veces apagados y tenues; en la espesura del bosque medroso y obscuro, ó en las habitaciones regias, en que los criados empezaban á encender luces y á charlotear preparando la mesa de las damas. Allí permanecía Carlota hasta que íbamos á advertirla que le hacía daño aquella atmósfera fría y cargada de miasmas, y sonriendo se dejaba conducir á donde queríamos llevarla.

Por ese tiempo empezó á susurrarse que los Emperadores irían á Europa. La dama Pacheco, mi colega, que te-

nía despachaderas con las que era capaz de pedir las perlas de la Virgen, solicitó con insistencia marcharse al lado de la Emperatriz. Otro tanto hicieron muchas señoras que querían figurar y darse pisto; pero el Emperador permaneció impenetrable, y hasta última hora anunció que quien iría al lado de la Emperatriz sería yo como dama de honor y como dama de palacio la señora Gutiérrez.

— ¡Oh! (este oh, tan frecuente en Maximiliano, tenía gran parentesco con el uh), no iré nadie más que quien S. M. elija; yo designo á la señora Jecker, que tiene importantísimos negocios en Europa: ella irá.

Y yo fuí, en efecto, pues desde que Pepe me refirió su encuentro con Lapierre, sólo meditaba en la delicia que gozaría al ver en Mazas, encadenado y sin movimiento, al bribón de mi antiguo amante, ladrón de dinero y ladrón de amor.

El seis de Julio Su Majestad asistió por última vez á la catedral: como el sesenta y cuatro, vistió aquel bellissimo manto imperial que la envolvía tan gallarda y noblemente; se colocó en el cabello negro y abundoso aquella corona de rubíes, diamantes y esmeraldas que tan cara le estaba resultando; y acompañada de los cuerpos del Estado se encaminó á la catedral á oír la misa y el *Te Deum*. Mas ¡qué diferencia con el espectáculo que dos años antes nos había deslumbrado! La guarnición francesa ocurría en

número escaso y de mala gana; los funcionarios y empleados faltaban porque se habían suprimido sus plazas por razón de economía; los trajes de la servidumbre estaban raídos y con aspecto miserable... Vamos, hasta los ornamentos que vestían los clérigos eran menos lujosos y se había humillado mucho el estilo en lo de luces, ciriales, blandones, palios, frontales y orquesta.

También en mi alma ¡qué cambio! Dos años antes reía mi corazón como el día húmedo y claro que nos alegraba con su sol; ahora estaba triste y llena de dolor como el cielo encapotado y nebuloso que goteaba lágrimas de pena al mirar tantos y tamaños infortunios, tantas desilusiones, tanto luto en perspectiva...



CAPÍTULO III

¡Loca!

LA historia ha contado con todos sus perfiles la despedida de la Emperatriz; no hay para qué repetir esas cosas que yo no presencié, porque cabalmente al concluir la fiesta tuve que ir á Chapultepec á hacer mis maletas.

El nueve de Julio partimos para Europa; oímos misa en la Villa de Guadalupe á eso de las cuatro de la madrugada; el Emperador nos acompañó hasta Río Frío y allí se despidió de nosotros con cortesía y encareciéndonos mucho el cuidado de la señora; de ésta con muchos extremos de amor y suplicándole le hiciera saber nuevas de su persona tan pronto como llegara al viejo mundo.

Cuando vimos desaparecer entre los pinares la polvareda dorada que levantaba el séquito del Emperador, cuando nuestros coches se internaron en aquel añejo y fa-